

El Gran Libro de las Runas
Obra rúnica integral
de Fabiana Daversa

AGUILAR

Índice

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	15
PRIMERA PARTE	
El universo rúnico	23
CAPÍTULO I	
Mitología del norte europeo	25
La preguntas del rey Gylfi	25
Las runas en esta historia	44
Ragnarok. El crepúsculo de los dioses	49
CAPÍTULO II	
Las runas de Odín	55
La creación de las runas	55
La adivinación	64
Poemas rúnicos	70
CAPÍTULO III	
Las runas en la historia de la cultura	75
CAPÍTULO IV	
El alfabeto Futhark y su influencia en Britania	93
Primer aettir	94
Segundo aettir	99
Tercer aettir	108
Runas anglosajonas	118
Runas de Nordeumbria	122

CAPÍTULO V

Cómo interpretar las runas en sus disposiciones

básicas	125
Lectura de una runa	129
Lectura de tres runas	130
La cruz rúnica	131
La triple cruz	132
Tirada trisquel	136
Lectura de la Cabeza de Mimir	137
Los Ocho de Heimdal	139
Tirada chácrika	140
El Cuadrado Mágico	143
El Misterio de Odín	146
Campo de 24 sectores	150

SEGUNDA PARTE

Simbología rúnica	155
--------------------------------	-----

CAPÍTULO VI

Significados oraculares de las runas	157
Las runas del Futhark	158
Las runas del Futhorc	193

TERCERA PARTE

El Campo del Sol	209
-------------------------------	-----

CAPÍTULO VII

Lecturas de primer nivel	211
Aproximación al Campo del Sol	211
Tirada de Campo del Sol: el mandala vivo y en movimiento	218
Significado de las runas en el Punto odínico	222
Los sectores del Campo del Sol	241

CAPÍTULO VIII

Lecturas de segundo nivel y tercer nivel	261
Aspectos interpretables	262
Lectura de parejas	294

CAPÍTULO IX

Reversión de Campos 301

CAPÍTULO X

Los Caminos de realización personal 321
 Introducción 321
 El Camino del Guerrero 329
 El Camino de la Madre 335
 El Camino del Héroe 340
 El Camino del Intelecto 346
 El Camino del Mago o de la Sacerdotisa 351
 El Camino del Genio 354
 El Camino del Sabio 356
 El Camino del Iluminado 359
 Los caminos del hombre en el cuarto aettir 360

CAPÍTULO XI

Seguimiento de Campos 367
 Seguimiento 367
 Campos comparados 372
 Balances 376
 Lectura de Odín 379

CUARTA PARTE

La amplitud de las runas 381

CAPÍTULO XII

Runas y astrología 383

CAPÍTULO XIII

Las runas y el yoga 393

CAPÍTULO XIV

Fórmulas mágicas 411
 Combinadas rúnicas 411
 Talismanes 417
 Amuletos 423
 Sellos rúnicos 426
 Afinidades y correspondencias de las gemas 434
 Cómo elaborar sus propias runas 336

Prólogo

Pasados dieciocho años de la primera edición de *Runas. El susurro del destino*, quince del *Libro mágico de las runas* y ocho de *Runas. Lecturas avanzadas*, tengo la satisfacción de prologar mi obra integral y definitiva sobre el oráculo vikingo que, de tan inmensa, ni siquiera me atreví a soñar. Cuando Analía Rossi propuso una edición completa de las obras, revisadas, corregidas y ampliadas, sentí que el esfuerzo de casi dos décadas no había sido en vano. Un tratado sobre runas es lo que todo autor que dedicó su vida al estudio del oráculo nórdico aspira, y lo que el lector autodidacta anhela encontrar en los estantes de las librerías. Si bien es cierto que los talleres rúnicos, notas periodísticas, viajes de estudio y congresos son útiles para la difusión de las runas, nada se compara con la experiencia de la publicación y la amalgama ineludible e inexplicable entre el alma del autor y cada lector. Miles de personas en una red sutil e inquebrantable, tejen una nueva posibilidad, un nuevo mundo, fruto del trabajo de editores, asistentes, correctores, periodistas y, sobre todo, el gran curioso: el lector. Sin la urdimbre humana que sostuvo mi obra a lo largo del tiempo, ésta hubiera caído en el olvido. Recuerdo en mis comienzos, a principios de los 90, que la palabra runas era casi desconocida, se la confundía con *ruinas*, se las llamaba “ruanas”, etcétera. Hoy, en cambio, podemos decir que ocupan un lugar destacado dentro de las disciplinas esotéricas.

Es infinito mi reconocimiento a todos los que han colaborado con este sueño que se hace realidad. Paso de modo enfático, y sin ofender a los que creen sólo en lo que sus ojos ven, a agradecer a la voz del oráculo, a sus guardianes, a sus ancestros y guías espirituales. Es la voz inaudible la que habla a los corazones, la que maravilla a quienes saben abordarla con respeto y entrenamiento. Es la que otrora animó a los barcos vikingos en mares

desconocidos, la que insta al consultante a ampliar sus propios horizontes. Es la que corre el velo y limpia espejos con la lucidez de la palabra y la fortaleza del símbolo. La misma voz que, junto a los guardianes de cada uno, cuenta historias que aún no fueron contadas.

Esta obra consta de cuatro partes, en honor a las cuatro puertas de la Tierra, los puntos cardinales, las cuatro estaciones del año y los cuatro arcángeles místicos.

La Primera Parte, El universo rúnico, delinea el mundo de los chamanes, sus leyendas y la génesis del universo según la Antigua tradición. Presenta cada divinidad del culto odínico con sus características principales y los roles que representan en el panteón nórdico. Cuenta historias, enlaces y enredos. Luego relata la creación de las runas, citando las fuentes clásicas y populares. Enfatiza el advenimiento de la palabra como hito histórico para luego desembocar en la raíz mágica de todo alfabeto. Ya con intención didáctica el texto se adentra en las Familias de letras rúnicas, sus disposiciones, organizando la información base para la complementación del alfabeto rúnico. Finalmente, el ángulo de visión deja de ser pasado para trasladarse al presente, proponiendo un nuevo abordaje del oráculo como herramienta para el crecimiento personal.

La Segunda Parte, Simbología rúnica, como su nombre sugiere, describe cada glifo y desmenuza el significado individual, tanto del alfabeto Futhark (compuesto por 25 letras) como del Futhorc (compuesto por 33) o runas celtas. Luego, enseña a encontrar la multiplicidad interpretativa de cada ideograma hilvanando y cosiendo sus significados en conjunto.

La Tercera Parte, El Campo del Sol, según mi criterio personal es el verdadero aporte, el corazón del *Gran Libro de las Runas*. En él se estudia el mandala rúnico como antesala de toda tirada completa. Es allí donde surgen los tesoros escondidos, los hundimientos personales y familiares, donde está escrita la saga de cada individuo, sus secretos, bendiciones y maldiciones de los linajes. Sin el Campo del Sol y sus laberintos, la lectura rúnica tendería a la superficialidad, a la corteza del “árbol de la vida”, sin traspasarla jamás, sin hallar la nutritiva savia.

La Cuarta Parte, La amplitud de las runas, está dedicada a las disciplinas complementarias como la astrología, el yoga, la elaboración de talismanes y amuletos, la gemoterapia, y recuerda

antiguas prácticas chamánicas como la elaboración del sello personal y combinaciones rúnicas para situaciones especiales.

Finalizando, quisiera alentar a quienes trabajan en la dura disciplina de la investigación del alma humana, recordándoles la importancia de nuestros aportes para el cambio de la conciencia mundial y ofreciendo esta brújula conectora de mundos.

Ojalá la dicha de los deseos realizados viaje en cada ejemplar del *Gran Libro de las Runas*, iluminando a todo aquel que se atreva a descifrarlo.

F. D.

BUENOS AIRES, OCTUBRE DE 2008

Introducción

Runa significa secreto. También es sinónimo de letra del alfabeto escandinavo y es la palabra que simboliza el ruido de una piedra rozando con otra piedra. Pero en verdad las runas son un antiguo método oracular, muy poco difundido, que salió a la luz cuando ya se hacían *necesarias*. Es la máxima síntesis de los símbolos mágicos occidentales, tan espontáneos en nuestro inconsciente que hoy reaparecen en forma de graffiti en las calles o en las hebillas de cinturones de moda sin que ni siquiera se sospeche qué son o de dónde vienen. Emisarias de un pasado lejano del que sabemos poco y que sigue haciéndose presente aun en medio de las máquinas de la ciudad, son voces que quieren ser oídas para transmitir las enseñanzas de los pueblos antiguos, de los que la historia y la arqueología rescatan apenas fragmentos.

Los pueblos del norte europeo depositaban en las runas toda su confianza, ya fuera para tomar una simple decisión o para resolver la convocatoria de un *Thing*, especie de fórum popular donde cada ciudadano exponía sus problemas, buscando soluciones comunitarias. La Península Escandinava, Alemania, Islandia, Gran Bretaña y el norte de Italia fueron los principales centros de difusión del oráculo rúnico, que se utilizaba de manera personal bajo la protección del dios Odín.

Eso, en un pasado remoto. En el mundo actual hay un innegable movimiento de transformaciones importantes. La preocupación por el medio ambiente, por volver a las raíces, el desarme de las potencias económicas, la caída de los postulados religiosos, la expansión de las posibilidades de comunicación son, todos ellos, elementos que nos predisponen a suponer un comienzo de siglo desordenado, caótico pero luminoso en cuanto a las perspectivas de la búsqueda personal. Así, tenemos para elegir infinitos caminos, propuestas provenientes de los lugares más exóticos del planeta que,

por ejemplo, confluyen, amontonadas, en el kiosco de la esquina. El Mahatma Gandhi, Ramakrishna, la Madre Teresa de Calcuta conviven perfectamente y bajo el mismo techo con fascículos sobre aviones de guerra, cocina española moderna y ediciones ilustradas de la Biblia y la revista *Time*.

¿Cómo ubicamos el campo de la adivinación en este contexto? ¿Cuáles fueron las modificaciones en los últimos años? ¿Murieron las viejas sabidurías ante el avance de la ciencia y la tecnología? No, renacieron. Como nunca, asistimos al florecimiento de las artes adivinatorias en todo el mundo. No nos alcanzarían los dedos de las manos para enumerar la cantidad de *mancias* que aparecen en las revistas femeninas en el impresionante juego de interpretaciones de una misma verdad: *el destino*.

Los griegos personificaron al destino con las *moirais* —moiras— que más tarde se transformaron en las *parcas* romanas: Clotho, Lachesis y Átropos hilaban la vida de los romanos tal como *Urd*, *Verdandi* y *Skuld*, las *nornas* rúnicas, hilaban la de los escandinavos. Pasado, presente y futuro llamaríamos ahora a esa fuerza que limita incluso a los dioses, en contraste con la noción de destino de la Edad del Bronce (2500 a. C.-1500 a. C.), que según Joseph Campbell “es sereno, matemáticamente ordenado, definido por el ritmo de los planetas a cuya maquinaria están engranadas las cosas, sirviendo como agentes de la misma”.

Urd, la norna del pasado, también conocida como Wird, es la mayor y significa “llegar a ser”; Verdandi, el presente, significa “ser”, y Skuld, la más joven, “lo- que- será”. Nadie conoció sus rostros, ocultos en sus nubosos chales. Eran hermanas de Narfi, el padre de la Noche, y se relacionaban con las fases creciente, llena y menguante de la Luna. Las nornas, en la mitología del norte de Europa, son las responsables de la manutención de las raíces del *Yggdrasil*, el gran fresno de la vida de donde colgó Odín, el principal dios vikingo, durante nueve días y nueve noches en actitud de autosacrificio. Antes de empezar a hilar el destino de los hombres, Urd, Verdandi y Skuld sacaban agua del manantial propio para mezclarla con arcilla de las orillas, formando una pasta que extendían sobre la raíz del fresno, evitando así que se pudriera.

Las nornas eran las mejores consejeras de los vikingos. No dejaron de consultarlas nunca ya que los países nórdicos tuvieron un sincretismo religioso realmente envidiable, en el que convivían los dioses antiguos y modernos.

La adivinación

La adivinación fue aceptada como la segunda profesión más antigua del mundo. Y dado que la presunta primera no desapareció, ¿por qué habría de desaparecer la segunda? Es común escuchar a profesionales, amas de casa, intelectuales, artistas, estudiantes o políticos hablar de predicciones, de “lo que me dijo el tarotista”, “el horóscopo” o “las cartas”. Es un terreno fascinante, donde se mezclan la sensibilidad del que lee con la historia del que pide ser interpretado. En cuanto a las modificaciones, podemos afirmar que se acoplaron nuevas ideas a los juegos adivinatorios. El control mental y las siete ramas del yoga nos acostumbraron a términos que de a poco fuimos anexando a la vida diaria (meditación, relajación, pantalla en blanco...), ayudando a desarrollar la percepción de la energía sutil y abriendo los conductos que la transmiten, habitualmente obstruidos por el ritmo estresante de la época actual.

El estudio de la psique humana ha brindado un profundo conocimiento sobre los mecanismos del inconsciente. Esa zona, también conocida por *hemisferio mudo*, es la mítica casa de las hermanas nornas.

El ingreso en el inconsciente es otro de los temas que trataremos con más detalle en el transcurso de este libro. No existen teclas que puedan accionarse para que ingresemos; al contrario, cuanto más nos empeñemos en hacerlo, menos resultados obtendremos.

Carl G. Jung comparó la mente humana con pequeñas islas rodeadas por el océano. La tierra es el consciente, lo palpable y conocido; todo lo que la rodea pertenece a otro mundo, el desconocido, que aparece en nuestros sueños de la forma menos prevista.

El agua desde tiempos inmemoriales representó los poderes mágicos de la Luna, patrona del mundo de los sueños. Sabemos que existe una estrecha relación entre las fases de la Luna y las mareas, el ciclo fértil de las hembras y la menstruación femenina. Más del setenta por ciento de la masa del planeta está compuesta por agua, la misma proporción que se observa en nuestro cuerpo físico.

El agua, símbolo del inconsciente, está representada en el mundo rúnico a través de dos de sus estados: sólido y líquido. El extremo norte de Europa, por su situación geográfica, pasa una gran parte del año cubierto de hielo, característica que anexó en el imaginario

de este pueblo otro elemento fundamental que se suma a los cuatro conocidos —tierra, agua, fuego y aire—: el hielo.

La serie de ocho runas en su debida secuencia se denomina *aettir*. Dado que el oráculo vikingo tiene veinticuatro runas, concluimos que son tres los *aettir* que lo componen.

Las excavaciones en yacimientos de antiguos poblados vikingos agregaron datos importantes para el entendimiento y estudio de la organización social de esos pueblos que, al contrario de otros, no se confinaron en un territorio determinado, lo que dificulta su localización. Sabemos por historiadores antiguos y modernos que los “bárbaros” del norte eran conquistadores de tierra y de mar; excelentes navegantes, manejaban con maestría las armas, adoraban a Odín (o Woden) y se guiaban por Tyr, el dios de la guerra, representado por la estrella polar.

Las runas eran su oráculo adivinatorio. Las consultaban siempre y cuando fuera necesario, preferentemente a la salida del Sol. Al principio eran varillas de árboles que miraban al este, cortadas y grabadas. Tácito (54-119 d.C), en su obra *Germania*, destinada a dar a conocer los territorios inexplorados por los romanos, dice: “Observan, como los que más, los agüeros y las suertes. El uso de éstas es muy sencillo: cortan de algún frutal una varilla, la cual, hecha pedazos, y puesta en cada uno cierta señal, la echan, sin mirar cómo, sobre una vestidura blanca. Luego el sacerdote de la ciudad, si es que se trata de un negocio público, o el padre de familia, si es de cosa particular, después de haber hecho oración a los dioses, alzando los ojos al cielo, toma tres palillos, de cada vez uno, y hace la interpretación según las señales que de antemano les había puesto. Si las suertes son contrarias, no tratan más aquel día del negocio y, si son favorables, procuran aún certificarse con agüeros...”.

La obra de Tácito es muy interesante. Fue el primer historiador que documentó en forma escrita el uso de runas —dado que los rituales se transmitían oralmente— y muestra cómo vivía el pueblo más influido por las costumbres y los cultos rúnicos en el continente europeo: los germanos. La expansión del Imperio Romano exigía el previo y pleno conocimiento de los territorios que lo circundaban ya que era mucho más fácil derrotar al enemigo previendo sus actitudes. Sin embargo, el derrumbe del Imperio se dio justamente por las invasiones bárbaras que, unidas al caos político interno, ayudaron al debilitamiento y a la

cristianización, que se consolidó bajo el gobierno de Constantino, quien vivió entre los años 272 y 337.

Las runas son anteriores a ese proceso. Permanecieron guardadas durante cientos de años, sin haber perdido su fuerza original. Cuentan con una apasionante mitología, que personifica las fuerzas naturales a través de sus divinidades: el rayo (Thor), la estrella polar (Tyr), la luz (Balder), la juventud (Idunn) y tantas otras.

Los símbolos mágicos de las runas, según la leyenda, se desprendieron de las piedras en la novena noche, cuando Odín colgaba del Yggdrasil. Le enseñaron sus secretos, transformándolo en el señor de la vida, por haber vencido a la muerte. Lo rescataron y lo convirtieron en un ser superior.

El número nueve es mágico. No nos olvidemos que es la resultante de la multiplicación del tres por sí mismo y también abre el camino a un nuevo *aettir* (grupo de ocho runas). El nueve es el renacimiento que viene después del infinito —número ocho— y tiene toda la potencia de un ciclo que se reanuda.

Huellas europeas

La cristianización de los países nórdicos no tuvo grandes dificultades, ya que la imagen del dios que colgó de la cruz no era en absoluto extraña y permitió que aún hoy convivan en las iglesias imágenes de los dioses del pasado y del presente.

La influencia de los pueblos de la Península Escandinava se puede sentir en Gran Bretaña, Alemania, Austria, Suiza, norte de Francia, Italia y España; es menos intensa en Holanda, Rusia y Estonia.

Los celtas irlandeses intercambiaron principios mágicos con los escandinavos, dejando huella en su escritura *ógmica*, oracular y funcional a la vez.

Los etruscos (siglo VII a. C. - siglo IV), que ocupaban la actual zona de Toscana, en Italia, recibieron influencias rúnicas en lo que respecta al arte, la mitología y la escritura. Cuenta Campbell que estas dos culturas coinciden en muchos de sus ritos, entre ellos el de cremar a sus muertos; los etruscos los entregaban a la purificación del fuego, tal como los vikingos, que eran quemados junto con sus barcos. Ambos pueblos consideraban el águila animal divino —símbolo de Odín—, los etruscos coloreaban sus rostros con tintura roja —color usado para pintar el cuerpo

de los guerreros vikingos— y los sacerdotes usaban túnicas azules —color de la capa de Odín.

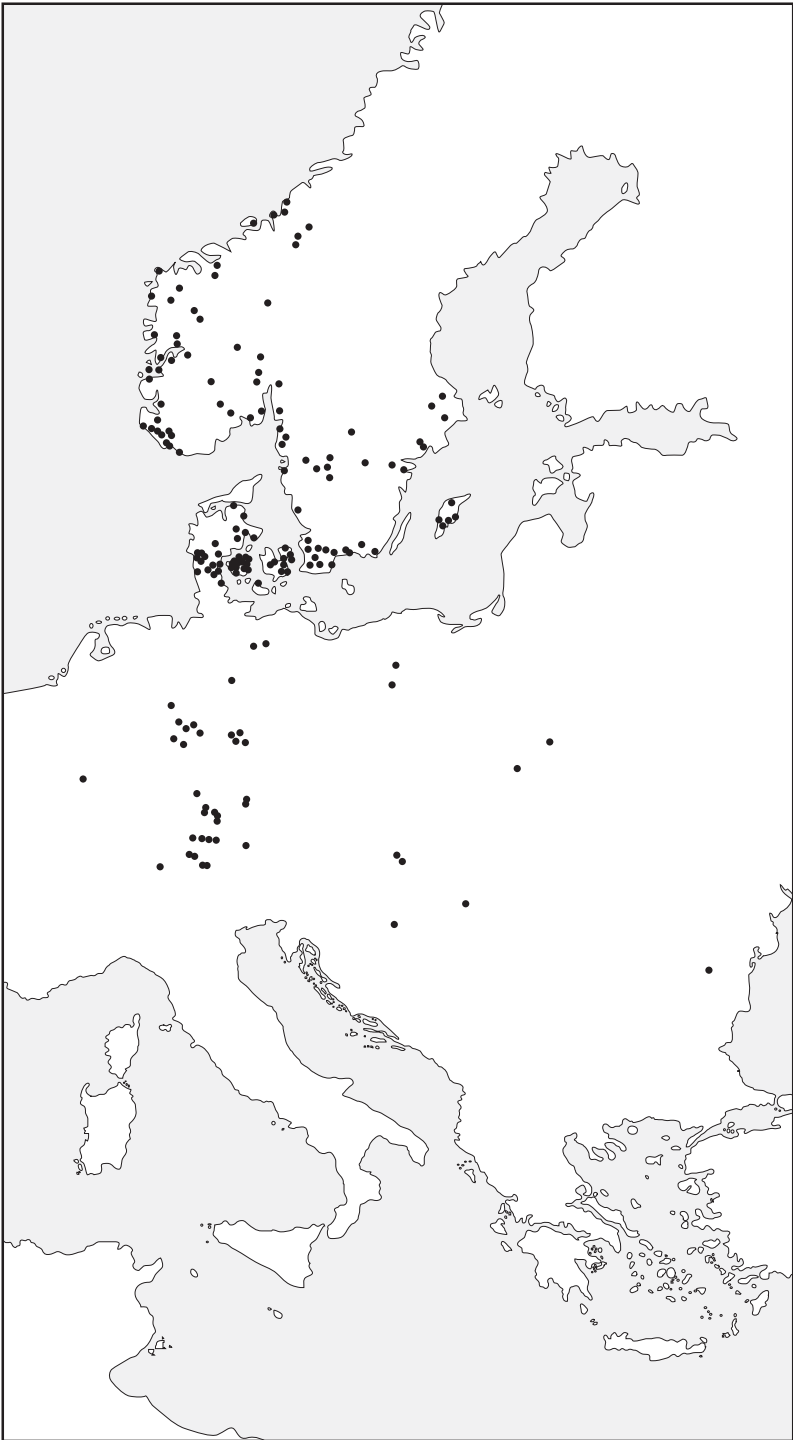
Con el avance del Imperio, los etruscos fueron considerados ciudadanos romanos y gozaban de gran prestigio en la comunidad, ya que ellos habían sido responsables de los ritos de fundación de la ciudad. Plutarco narra que para ese acontecimiento Rómulo envió a buscar a Toscana a los que dirigirían la ceremonia de fundación y que en ese acto “se cavó una zanja circular alrededor de lo que ahora es el Comitium, o Tribuna de la asamblea, y en ésta arrojaron solemnemente los primeros frutos de todas las cosas sancionadas por la costumbre como buenas o por la naturaleza o por necesarias. Luego, cada hombre llevó una pequeña porción de tierra de su suelo natal, y todos juntos la arrojaron dentro. Ellos llamaban a esta zanja igual a los cielos: *mundus*, y tomándola como centro, trazaron una ciudad haciéndole un círculo alrededor. Después de lo cual, el fundador unió una reja de metal a un arado, y tras uncir a él un toro y una vaca, él mismo trazó un surco profundo, que marcaba los límites...”¹

Veamos las coincidencias con la formación de la geografía dinamarquesa: “El rey Gylfi amaba a su tierra norteña, Suecia. Pero estaba destinado a perder una parte de manera muy misteriosa. Todo empezó con una mujer. Era alta, ciertamente, pero su tez no era clara sino tostada por el Sol. Los ojos no eran azules sino castaños, y su larga cabellera, en vez de ser un rubio pálido, era negrísima. El fascinado Gylfi no tardó en ofrecer a Gefiun hospedaje en su castillo y más tarde todo el oro que deseara. Ella no quiso regalos, pero tomaría la tierra que sus bueyes fueran capaces de arar en un día y una noche enteras. Así se formó la Tierra del mar o Zeeland, que forma parte de Dinamarca, y el abismo producido por las zanjas era tal, que se llenó de agua y formó lo que hoy denominamos Malaren, el Lago”.²

Estas, como tantas asociaciones históricas que podamos encontrar, son simplemente ejemplos que comprueban la antigüedad y vigencia de una parte desconocida —pero activa— de la mitología occidental. Hoy suelen buscarse, permanentemente en la zona de Levante (Medio Oriente y proximidades) y en el Lejano Oriente,

¹ Plutarco, *Romulus*.

² Branston, Brian, *Dioses y héroes de la mitología vikinga*, Madrid, Anaya, 1985.



El mapa muestra los puntos de Europa continental donde se han hallado antiguas inscripciones rúnicas.

las bases de una espiritualidad que tenemos mucha dificultad para comprender y asimilar, cuando a la vista podemos percibir en las runas, los códigos y signos que usamos naturalmente en nuestra vida cotidiana. El tarot, el I Ching o la cábala siempre serán mejor interpretados por quienes comprendan en forma integral la cultura de esos pueblos. El “archivo” en donde duerme el símbolo se forma desde el vientre materno, razón por la cual los hexagramas chinos no son tan fáciles de memorizar como los grabados rúnicos para el occidental y seguramente para el oriental sucede a la inversa.

Veamos algunas runas que utilizamos a diario:

Tyr (↑): La dirección, la flecha. Muestra la determinación del dios de la guerra para indicarnos el camino a seguir.

Ken (⊙): La antorcha. Indica, en matemáticas, cuándo un número crece o decrece.

Nied (⌘): Es la cruz descompensada, difícil de cargar y sobrellevar.

Ing (◊): Es el rombo que concentra vida y creatividad. El nombre del dios se convirtió, con el tiempo, en la terminación del gerundio de los verbos ingleses.

Ger (⊕): La Tierra y todo lo que ella nos da. Su otro nombre es Earth o gerda, representada por el número doce —la docena—, medida utilizada durante milenios cuando se intercambiaban los alimentos.

Como se ve, hablamos de costumbres y datos que en algún momento de nuestras vidas conocimos y ya forman parte de nuestro acervo simbólico. Y hay otros que de manera asombrosa se van incorporando sin problemas al sistema ya utilizado. Por ejemplo, el símbolo de Greenpeace, Eolh (⌘) invertido, es la runa de la protección y es utilizado ex profeso por el grupo ecológico mundial. La magia de las runas, unida a ideales espirituales elevados, propagó ese símbolo por los cinco continentes y ahora se lo utiliza hasta en las tapas de cuadernos escolares, recordándonos la causa que él representa. Las runas tienen un gran poder de atracción por su simbología, por su historia, pero, principalmente, por los enigmas que encierra este antiquísimo alfabeto.